



XIII CERTAMEN DE CUENTOS Y LEYENDAS CIUDAD DE CÁCERES

PREMIO ANTONIO RUBIO ROJAS

Relatos Ganadores y Accésits



AYUNTAMIENTO
cáceres



El País Literario
EDICIONES

**XIII CERTAMEN
DE CUENTOS Y LEYENDAS
CIUDAD DE CÁCERES**

PREMIO ANTONIO RUBIO ROJAS

El País Literario Ediciones

De los autores 2024
El País Literario Ediciones 2024
Diseño y maquetación: EPL
Depósito legal: CC- 92- 2024

Edición no venal

Todos los derechos reservados

Índice

PRIMER PREMIO ADULTO

Guía del influencer galáctico

Javier León Navarro 9

MENCIÓN ESPECIAL

Una promesa cumplida

Carlos Ernesto García González 29

PRIMER PREMIO ESCOLARES

Jorge y sus riquezas

Lucía Cárdenas Soldán 45

1ª MENCIÓN ESPECIAL

Lugares que se quedan en uno

María García Montoto Sánchez 53

2ª MENCIÓN ESPECIAL

Buscando inspiración

Hugo Acuña Perales 59

**PRIMER PREMIO
ADULTOS**

Guía del influencer galáctico

Javier León Navarro

Guía del influencer galáctico

Todos me conocéis... Soy Blooorp Jr., el viajero galáctico más joven de la estirpe Bloorpexiana, descubridores de cientos de mundos y galaxias desde hace eones. Si os gustaron mis aventuras en Abell 1835 IR1916 o leísteis mi último artículo de qué hacer en los quásaes durante 7 días, hoy me dirijo a la pequeña Vía Láctea para visitar el planeta llamado Tierra. Ya sé que esta curiosa esfera achatada no tiene el glamour de Próxima Centauri ni las emociones fuertes de los agujeros negros, pero sabéis que no es mi primer viaje aquí y, de hecho, es uno de mis destinos favoritos del universo. Además, el roaming intergaláctico no funciona en la Tierra y la megamente colmena tampoco tiene el alcance suficiente, así que puedo desconectar y eso es más que suficiente para mí.

IMPORTANTE: Nadie en este planeta sabe que existen otras formas de vida en el Universo. Los alienígenas o extraterrestres, como nos llaman, pueden ser perseguidos por tener dedos mágicos -según sus palabras-, o bien considerados dioses si disponen de alguna habilidad especial como volar. En este último es posible que os pidan hacer actos heroicos como bajar un gato de un árbol o luchar contra una invasión alienígena en películas de cine. Si quieres estar preparado para cualquiera de estas contingencias contrata el seguro Salud Planetaria Total con mi código del 10% de descuento.

Los que leéis este blog con asiduidad sabéis que me gusta organizar mis aventuras al milímetro y, tras conocer Nueva York, Londres, Roma y Tokyo, en esta ocasión mi objetivo era conocer Madrid. Sin

embargo, sin que lo supiera, el destino tenía otros planes para mí. Me conecté al WiFi terrícola nada más cruzar la atmósfera para aprender sobre la cultura española: bocadillos de calamares, flamenco, calcetines con chanclas, listas de espera en la sanidad pública... Estaba preparado para ser el turista perfecto cuando el sistema de navegación intergaláctico se apagó de golpe y tuve que desviarme del destino original y aterrizar en una pequeña ciudad llamada Cáceres.

No pasa nada, pensé. Arreglo el navegador, compro un imán de recuerdo ya que estoy aquí y arrancamos motores hasta el infinito y más allá... Os cuento mi viaje paso a paso.

¿Cómo moverse por Cáceres?

Muchos dicen que es posible incluso llegar a Madrid en tren desde Cáceres o viceversa, pero se rumorea que el camino es una odisea comparable a cruzar un campo de meteoritos tras escapar de la explosión de una supernova. Desecho la idea.

También, algunas carreteras de las proximidades tienen socavones por lo que, para evitar sorpresas, te recomiendo llegar en nave espacial y, nada más aparcar, ponerla en modo invisible. Ten cuidado de no estacionar en Zona ZEPA o de la Red Natura 2000 o te podrán multar... Cáceres está rodeada de ellas. A partir de ahí, la mejor manera de moverse por Cáceres es andando, ya que todo está, según campañas de publicidad, a 2 pasos de ti. No es literal y más bien parece un reclamo turístico, pero de verdad es una ciudad muy manejable para caminar y recorrerla a 2, 4, 8 o el número de extremidades que tengas.

Eso sí, si cae agua del cielo, un fenómeno meteorológico llamado lluvia -muy extraño en la zona-, créeme que es preferible mojarse a coger cualquier otro medio de automoción para evitar el aguacero.

Los cacereños, así se autodenominan, temen el agua y utilizan sus vehículos para desplazarse, esta vez sí de forma literal, a 2 pasos de donde estén, convirtiendo una ciudad normalmente manejable en coche en una suerte de atasco vietnamita a la hora de recoger a los niños del colegio.

Otra cosa importante en La Tierra, y en Cáceres no iba a ser menos, es que el dinero es necesario para todo. Este “dinero” se utiliza para intercambiar o comprar bienes y servicios. Ya he hablado de esto en otros viajes a La Tierra, pero si eres nuevo por aquí, haz el cambio de divisas antes de llegar con la ayuda de Credit Galaxy.

Día 1 - Conseguir ropa y la pieza para la nave

A menos que llegues a la ciudad en plena celebración multitudinaria de Horteralia o Womad -fiestas que provocan una laxitud fuera de lo normal en el código de vestimenta cacereño- deberás llevar telas sobre el cuerpo, llamadas “ropa”, para tapar los órganos genitales -los seres humanos son, por norma general, pudorosos-.

Por eso, para mezclarte entre los terrícolas y que no griten “Dios mío”, “Válgame Dios” o “Virgen Santa” nada más verte, tu principal objetivo será encontrar cuanto antes tiendas de ropa que vayan con tu estilo. Además, como tengo que buscar un recambio para el navegador me dirijo al centro de compras más grande de la ciudad: el Eroski. Eso sí, no trates de buscar ninguna señal con ese nombre, ya que todos los carteles identificativos del lugar lo nombran como Ruta de la Plata, pero si quieres ser un cacereño de toda la vida, hazme caso y llámalo Eroski... Al fin y al cabo, allí donde fueres haz lo que vieres. Este lugar es un centro comercial con tiendas de moda y alimentación. Primer día en Cáceres y primer fracaso... ninguna de las tiendas vendía un

sistema de navegación intergaláctica, aunque al menos pude comprar camisetas y juguetes de un ser espacial adorable llamado Baby Yoda. Por recomendación de un vendedor local también compro un teléfono móvil – este dispositivo se utiliza, sobre todo, para grabarse a uno mismo bailando y, raramente, para comunicarse con otros humanos-.

No encontrar la pieza para la nave fue un contratiempo, pero puedo decir que el Eroski es mi sitio favorito de compras en la ciudad. De hecho, durante mi visita pude descubrir que estaba siendo parte, sin saberlo, de uno de los rituales más ancestrales de los lugareños: pasear. Me dejo llevar por sus pasillos en formato rectangular dando vueltas al recinto y me percaté de que había entrado en un rectángulo sin fin del que era imposible escapar. Sintiendo la compañía de otros humanos, saludando a desconocidos como amigos y mirando los escaparates, una vuelta te llevaba a otra, y luego a otra, y a otra... Converso con una familia de la zona que admiten hacer esta ceremonia todas las tardes de sábado para no pasar calor o frío mientras los niños corretean, por lo que decido unirme a ellos.

Tardarás 5 minutos en completar la primera vuelta, pero concluir el rito de esta familia estándar nos llevará un mínimo de 3 horas, por lo que te recomiendo dar, al menos, 36 vueltas al centro comercial para sentir el verdadero espíritu del ~~Ruta de la Plata~~ Eroski por tu sangre -si la tienes- y convertirte en un cacereño de verdad.

La familia adoptiva susurra entre ellos, me dice en la vuelta 15 que la calle Pintores es otra zona comercial de la ciudad y me animan a dejarlos solos y dirigirme hasta allí. Les agradezco el consejo, pero decido terminar los 36 giros junto a ellos y no abandonarlos en medio del viaje. Siento su enfado in crescendo en cada vuelta e intuyo que es

porque se acerca el momento de separar nuestros pasos. Terminado el Camino del Ruta de la Plata les agradezco la compañía y me disculpo por no quedarme más tiempo. No parecen tan tristes como esperaba, pero sé que esta experiencia me ha unido a ellos de por vida.

Llego a la calle Pintores, en la que casualmente tampoco verás ningún pintor... pero que también te proveerá de ropajes, tatuajes sobre la piel o bisutería con los que pasar desapercibido. Los lugareños que encuentro me comentan que esta calle era la principal arteria comercial de la ciudad hace años, cuando el Eroski no era tan popular. A pesar de todo, todavía conserva la magia de ser la entrada a la Ciudad Monumental -hablaremos más tarde de ella-. Tristemente, tampoco venden el recambio de la nave que necesito.

De todas formas, por fortuna o azar, descubro un pequeño establecimiento de comida y pruebo un alimento llamado Rosendo. Según la red de datos global interconectada humana (Internet), Rosendo es un cantante de rock español, pero en Cáceres es una especie de pizza cortada en cuadrados que permite a la juventud y a los ahorradores quitarse el hambre gastando poco dinero. A veces se acumulan largas colas de gente intentando comprar uno, pero este local histórico me proporcionó un aperitivo genial con el que terminar el día.

Día 2 – Ciudad Monumental y gastronomía de otro planeta

Conseguí alquilar una habitación de hotel barata en la Plaza Mayor de Cáceres, ubicada en el denominado Casco Histórico o Ciudad Monumental, para que fuera mi centro de operaciones y no tener que volver hasta la nave. Esta parte de la ciudad es la favorita de los turistas y fue declarada Patrimonio de la Humanidad de la

UNESCO -una especie de sello de calidad de La Tierra- en el año 1986 del calendario terrícola. No os lo vais a creer, pero este lugar es el escenario de series como Juego de Tronos o La Casa del Dragón, que actualmente se emiten por la televisión por satélite en las galaxias más allá de Andrómeda.

Me levanto tarde por el jet lag galáctico y, tras contar mi historia al recepcionista del hotel, percibo su desconcierto sobre cómo arreglar mi nave. Tras un momento de reflexión y, ante mis ruidos estomacales matutinos, el joven me recomienda ir a Atrio, un local con 3 estrellas y 3 soles. Mi mapa estelar no mencionaba ninguna constelación así en Cáceres, pero vale la pena probar suerte. De todas formas, como cae de paso hacia Atrio, decido conocer un poco más de la ciudad.

En Cáceres no hay rascacielos, letreros brillantes, playas con un mar inmenso y mucho menos comen a la 1pm y cenan a las 6pm, pero en este primer contacto con la ciudad antigua mis poros cutáneos detectan una magia única. Os lo explico. Como ya sabéis, en la Tierra, las construcciones antiguas son muy valoradas por lo efímero de la existencia humana y la dificultad de perdurar en el tiempo. Y darse un paseo por las callejuelas empedradas y estrechas de intramuros es como viajar en el tiempo. Cruzar cada esquina es perderte entre Palacios del siglo XV y XVI, encontrar más de 1.000 escudos familiares a tu camino y sentirte rodeado por una época que se vivió hace cientos de años.

Diviértete subiendo y bajando cuestas. Ascende hasta lo alto de la torre de Bujaco y camina por la muralla que otrora defendía a los cacereños de invasiones externas -de otros humanos, no de alienígenas-. Sube y baja más cuestas. Visita la judería y asómbtrate con las casas de

cal, la decoración natural de las plantas y la tranquilidad que se respira a cada paso que das, fortaleciendo a su vez tus miembros inferiores con más cuestas allá donde vayas. De repente, salgo del hechizo del Casco Histórico y recuerdo que debo ir a Atrio.

Al llegar al local me reciben muy amablemente y me sientan en una mesa. La decoración del lugar es elegante y sobria, pero no percibo el calor, la luminosidad o el cambio de gravedad de poseer 3 soles y 3 estrellas. Con semejantes credenciales me imaginaba el local, cuanto menos, más grande. Me sirven una bebida y comienzan a sacarme obras de arte en platos. Había leído sobre otros museos en la ciudad, pero Atrio no estaba entre ellos. Parecen una mezcla de pintura, escultura y gastronomía todo en uno. Las observo con detenimiento hasta que me explican que se deben comer. Soy un extraterrestre, pero no soy nuevo en la comida terrícola. Esto no es un fish and chips o una hamburguesa, es otra cosa diferente. Hago caso de las instrucciones del humano y mis sentidos despiertan de placer. El gusto, el olfato, la vista... Los sabores se equilibran en una suerte de malabarismo gastronómico que no había probado antes. A partir de ahí, todo parece una ensoñación. Aromas, formas, algo llamado jamón ibérico... solo veía platos y más platos y mi conciencia se dejaba llevar en una especie de embrujo culinario.

Tras no sé cuántas horas y degustaciones, el chef Toño Pérez me saluda y me pregunta si me gustaron los “platinos” y los “saborcinos”. Yo asiento deslumbrado y me pregunta si quiero hacerme una “fotino” con él. Me anima a poner una pose de lado que me recuerda a las de actrices o modelos en las revistas y se despide alegre. Salgo del local, pero no salgo del asombro. Sigo sin forma de arreglar mi nave, pero con una sensación de satisfacción inmensa.

Después de semejante banquete el sol ya había caído y decido volver al hotel. Quizás desorientado por tanta comida o quizás obnubilado por la iluminación sobre las piedras antiguas, no sé si me he perdido o no. El camino parece el mismo, sin embargo, las sensaciones que me transmite son totalmente diferentes. Vuelvo a subir y bajar las mismas cuestas, pero todo parece idéntico y distinto a la vez. Por la noche, cruzar cada esquina amenaza un peligro de otro tiempo, pero en verdad te premia con una sensación de asombro. Las luces, sombras, caminos empedrados... todo es un decorado real en el que vives tu propia aventura mientras paseas y descubres rincones escondidos que parece que solamente has descubierto tú. Necesito descansar, pero mañana volveré. Esta visita nocturna es un placer que merece la pena vivir cada uno de los días que estás en Cáceres.

Día 3 – Centro de Cáceres, un paseo y un parque para recordar

Era mi tercer día en Cáceres, una ciudad que no esperaba conocer, pero que me estaba sorprendiendo sobremanera. En otro intento por desencallar mi parálisis con la nave, elijo ir hacia el centro de la ciudad, en el que me aseguran desde la recepción del hotel que hay “tiendinas” variadas para comprar un “poquino” de todo, como dirían por aquí.

Si no conoces Cáceres debes saber que los nombres de las calles pueden ser un poco liosos. Ya os he comentado lo de la calle Pintores, pero hay otros nombres que dan lugar a confusión. Por ejemplo, la calle Ancha es estrecha, la Plaza Marrón no es marrón y Camino Llano es, como no, una cuesta.

Llego al Paseo de Cánovas, que es un parque del siglo XIX lleno de vida. La llamada “ley de vida” humana se sintetiza muy bien paseando por aquí: niños corriendo y jugando en los parques infantiles,

padres charlando o vigilando que ninguno se dé un golpazo, hombres y mujeres andando con prisas, móvil en mano o en sus pabellones auditivos, y ancianos sentados tranquilamente en los bancos del paseo observando la energía de la juventud a su alrededor. Si el Casco Histórico de Cáceres es la magia de la ciudad, el Paseo de Cánovas es el corazón, que bombea vida por todas las arterias de la localidad.

Visito todos los establecimientos que los cacereños me dicen, pero en ninguno encuentro soluciones a mi problema: talleres Montero, ferretería Diosán, Leroy Merlin, Carrefour... Los humanos intentan ayudarme, aunque entiendo que debe ser complicado para un terrícola recomendar dónde arreglar una nave espacial sin haber visto una antes.

En Cáceres, para que entendáis mi día, las distancias se miden en “ppff, eso está muy lejos, mejor ir en coche” o “está muy cerca, en 5 minutos ya has llegado”. Con esa medida, ir andando desde la Plaza Mayor al citado Carrefour sería como “¿te has vuelto loco? Si está como a 1 hora”. En realidad, se tardan 36 minutinos - ¡anda!, me ha salido solo-. Son 2,8 km, lo que es un paseo agradable, pero creo que, poco a poco, me estoy convirtiendo en un cacereño y me siento como si hubiera corrido una maratón. Hago un último esfuerzo para llegar al Parque del Príncipe y descansar.

Este parque es el más grande de la ciudad y un verdadero pulmón verde para ella. Se podría decir que tiene dos zonas: una más nueva, dedicada a familias con parques infantiles y parques para perros, es decir, parques para los favoritos de las casas; y otra más tradicional y frondosa con un aire más boscoso y salvaje. Esta última fue mi favorita. Descansar a la sombra de los árboles, observando la fauna autóctona -hay más de 80 especies de aves diferentes en la zona- con el olor a naturaleza de fondo no tiene precio.

En su paseo central, además, es habitual poder ver el ritual de cortejo de los jóvenes para encontrar pareja. Sentados en un banco o sobre el césped, esperan pacientemente durante horas el paso de cualquier espécimen que les atraiga. Una vez visualizado comienzan los cuchicheos y observan fijamente a su “presa” hasta que, al tenerla a tiro, se hace el silencio de golpe. Una vez escapada la potencial pareja se suceden las risas y las bromas por el fracaso romántico del macho o la hembra. Un ritual muy torpe, pero interesante de ver.

Ya entrando la noche, regreso al hotel y en el camino me percaté de una humana muy callada, pero, por lo que parece, también muy querida en la ciudad. Veo a unos jóvenes haciéndose fotos con ella, abrazándola y gritando: ¡Leoncia! ¡Leoncia! Debe ser famosa. Creo que vende periódicos, pero por más que le pregunto no suelta palabra ni siquiera el periódico. Tras mi insistencia en comprar el diario y no recibir respuesta, descarto su fama por sus dotes de venta. De todas maneras, es tarde y parece llevar ahí una eternidad, así que entiendo que no está de humor para hablar. Otra opción es que no sea una vendedora y sea lo que los humanos denominan “estatua viviente”, ya que no se mueve ni un poquino. -Ya me sale natural-. Me hago una foto con ella y le dejo una moneda en el suelo para confirmar mi segunda teoría. Espero su reacción y nada, ni un solo gesto... Confirmo que no es lo que llaman una estatua viviente. Imagino que será una estatua humana estándar. Vuelvo a la cama con ganas de saber qué me deparará mañana.

Día 4 – El arte del futuro y el pasado de la ciudad

Cada vez estoy más feliz por haber aterrizado en Cáceres. La aventura siempre ha llamado a mi puerta, pero podría acostumbrarme a la vida aquí. Frente a otros planetas inhóspitos o metrópolis más extensas, Cáceres es una ciudad muy segura y, en ella, las horas o minutos parecen dar más de sí. Quizás por eso, Cáceres es una ciudad feliz.

Mi primera parada del día es visitar el Museo Helga de Alvear, una de las colecciones privadas de arte moderno más extensas e importantes de toda Europa. Hay obras de grandes artistas humanos reconocidos por los expertos y el tiempo, el más duro de los críticos. No quiero desvelaros nada de lo que podéis ver en él, pero las simbologías, la crítica social o la belleza son parte de la exposición permanente. Por casualidad, en mi visita coincido con la propia Helga -benefactora del museo- y en un arranque de verborrea le explico mi situación y mis problemas para volver a casa. Cojo un papel y dibujo el navegador roto de la nave plegando el espacio y el tiempo, por si había visto algo similar en su amplia trayectoria vital. Helga niega con la cabeza, se disculpa por no poder ayudarme, pero se queda impresionada con la autenticidad del trazo y mi revolucionaria visión sobre los viajes. En ese mismo momento me ofrece exponer mi obra en el museo y, aunque me parece extraño exhibir un dibujo de una pieza mecánica de uso común en muchas galaxias, acepto sin dudar. Es un orgullo dejar un poquino de mí en esta ciudad al igual que ella está haciendo conmigo.

Salgo del museo, dejo a un lado la Ciudad Monumental y recorro la Ribera del Marco. Esta Ribera es una zona natural que, según he podido leer, nació de lo que los cacereños llaman El Calerizo, que

proporcionó agua a los habitantes durante muchos siglos y animó a los primeros pobladores de Cáceres a asentarse aquí. En poco tiempo llego a la Cueva de Maltravieso, hogar de algunos de los primeros pobladores de la ciudad. Lamentablemente no puedo visitar la cueva original, que está cerrada para su correcta preservación, pero el Centro de Interpretación explica con todo lujo de detalles cómo era la cueva e incluso tiene una pequeña reproducción dentro. Con el fresquino de la cueva, ya puedo imaginarme a estos primitivos cacereños resguardándose del calor e inventando las famosas siestas cacereñas -que son descansos en forma de sueño tras la comida- y diciendo con su lengua nativa “no estoy dormido, estoy descansando los ojos”.

Más importante es señalar que en esta cueva están las representaciones artísticas más antiguas de toda La Tierra, realizadas por los neandertales -una especie de humanos menos desarrollados- hace más de 66.700 años. Me sorprende que no venga más gente a verlas, pero más me sorprende cuando veo esas manos con cuatro dedos. ¡Es el típico saludo Bloorpexiano! ¿Algunos de mis parientes habrá visitado Cáceres antes que yo? Pregunto al vigilante por las manos y me dice que no se sabe muy bien por qué tienen esa peculiar forma... Mi instinto me dice que mi tatata¹³²rabuelo pudo tener algo que ver con esto y dejó huella en los primeros cacereños. Tendré que informarme bien, pero por lo pronto, acabo de sentir una unión especial entre la historia de Cáceres y la de mi familia.

Día 5 – Una gesta cotidiana

Después de lo que he vivido estos días en Cáceres, conseguir el sistema de navegación no me importa tanto. Tras conversar con algunos nativos en el desayuno y pedir recomendaciones sobre lo que

hacer en este quinto día decido embarcarme en la mayor aventura posible, el ritual de peregrinaje de los cacereños: subir andando a La Montaña.

Conociendo otras montañas y la dificultad de alcanzar la cima, realizo una parada técnica en una tienda de deportes para proveerme de los materiales de escalada necesarios para la subida. Con un polar, mosquetones, arnés, casco, cuerdas de escalada y piolet en mano, me dirijo al barrio de San Marquino, primer y único campamento base en el trayecto hasta lo alto. Avanzo a través de las miradas de los transeúntes de San Francisco o Fuente Rocha. Sus caras de asombro revelan la épica del ascenso y el respeto hacia mi valentía. El calor empieza a invadir mi cuerpo, pero en lo alto agradeceré toda la protección posible. Comienzo la subida.

Paisanos locales suben y bajan en calzonas y ropa de running. Me adelantan sin aparente esfuerzo y solo puedo asombrarme de su fortaleza o apiadarme de su suerte. Esto no es un sprint, es una maratón. Veo coches que pasan por mi lado, ¿quizás he comenzado la subida desde demasiado abajo y me dieron mal las señas? El calor me sofoca. Decido tirar los guantes a riesgo de perder alguna falange más tarde. Continúo la subida y el oxígeno empieza a faltarme. Por la frescura del resto de escaladores, algunos de edad avanzada, me cuestiono si mi estado de forma era el óptimo para llevar a cabo esta gesta. Minutos más tarde confirmo que, definitivamente, no llegaré hasta arriba. Me siento impotente, agotado y con un exceso de sudoración y temperatura corporal. Siguiendo los consejos de una terrícola que empujaba un carrito de bebé y llevaba otro pequeño humano en los hombros mientras ascendía tranquilamente como si nada, dejo a un lado del

camino el abrigo polar y la mayoría de los accesorios. De repente me siento más ágil. Lo achaco a la posible diferencia de gravedad aquí arriba o a la adrenalina de ver la cima, pero enfilo las últimas curvas y alcanzo el santuario de la Virgen de la Montaña, patrona de la ciudad

-esta vez el nombre es apropiado a la vez que descriptivo-. El santuario corona la ciudad y ofrece unas espectaculares vistas. Entro a la iglesia y, siguiendo la costumbre humana, rezo sin saber muy bien qué estoy haciendo o si lo estoy haciendo bien.

Salgo al exterior y admiro la ciudad desde lo alto. Desde allí distingo todo lo que he visto estos días. Repaso mi viaje a Cáceres de un vistazo y las emociones me atropellan cada microsegundo. Respiro profundamente y un sentimiento de paz me invade. No sé cómo explicarlo, pero reconforta. Es momento de afrontar la bajada y volver al hotel.

Día 6 – ¿Una despedida?

Me levanto sobresaltado con bailes de TikTok en la cabeza... Después de estos días entiendo un poco más la adicción de los humanos a esas pequeñas pantallas. De hecho, en mi cuenta de Instagram y Facebook ya soy amigo oficial del recepcionista del hotel, de varios peregrinos de mi viaje a La Montaña e incluso de mi familia de paseos en el Eroski. Se podría decir que ya soy un influencer también en La Tierra. Un momento...

¿Y si los móviles son la solución a mi problema? Un teléfono humano solamente detecta los satélites conectados a su red mediante su sistema de posicionamiento global asistido (GPS), pero sus piezas me permitirían sustituir los elementos estropeados, o al menos podría utilizar el teléfono para llamar a casa y que la grúa se encargue de

todo. No es posible, ¿la respuesta estuvo todo el tiempo en la película ET?

Vale, tengo la clave para volver -pienso- pero mi corazón no está tranquilo. Mi ritmo cardíaco se acelera ante el fin de un viaje inesperado que parece que no quiero que se acabe. Decido salir a que el aire fresco calme mis ideas y dar un último paseo por la ciudad. Salgo del hotel y la Plaza Mayor me abraza con una sensación de calidez gracias al sol de la mañana. Subo las escaleras hasta el arco de la estrella y avanzo a la Plaza de Santa María. Echo un último vistazo y me planto enfrente de San Pedro de Alcántara. La costumbre cacereña afirma que debo besar los dedos de sus pies y pedir un deseo. Parece una orden confusa por el término beso, que incluye muchas variantes en el idioma humano. ¿Cuál será el apropiado? Al final me decido por asegurar el tiro y le doy los llamados pico, beso de película, morreo con lengua y beso baboso entre otros. Los turistas de mi alrededor se percatan de mi fervor y me dejan a solas con el santo en una muestra más de respeto hacia mi fe. Cruzo la esquina y me encuentro cara a cara con el patrón de Cáceres, San Jorge. Un hombre que vence a un dragón, un héroe que demuestra valentía ante un rival más fuerte es toda una inspiración para cualquiera que enfrenta una situación difícil. No solo San Jorge, Cáceres ha sido una inspiración y un aprendizaje para mí a pesar de conocer una infinidad de galaxias y planetas diferentes.

Con un poco de penina vuelvo a la nave y en el camino, como buen cacereño, me pregunto por qué no aparqué más cerca. Una vez llego enciendo motores y alzo el vuelo. Desde lo alto, La Montaña parece pequeña y la ciudad se aleja sin inmutarse, manteniendo su

historia y encanto también desde el cielo, sin querer aparentar ni darse una importancia que tiene de sobra. Cáceres es honesta y amable con el visitante y os animo a sorprenderos con ella y descubrir todos sus secretos. Ya de vuelta en el espacio, os seguiré contando mis viajes y aventuras en mi blog y en mis redes sociales, pero puedo deciros algo sobre esta maravillosa ciudad: volveré y prometo ser un cacereño más entre las estrellas.

Si te gustó mi viaje a Cáceres suscríbete a mi canal de Klirpx y deja tus comentarios.

Bloorp Jr.

MENCIÓN ESPECIAL

Una promesa cumplida

Carlos Ernesto García González

Una promesa cumplida

Era una noche fría y húmeda a mediados de abril del año 1.229, en la ciudad musulmana de Hizn Qazris, en Al Ándalus, cercada desde hacía meses por las tropas del rey de León Alfonso IX.

Por la empinada cuesta que conducía desde la judería hasta el alcázar de la ciudad, caminaba presuroso el judío Yadiel ben Rabí.

Era el miembro más prestigioso de la comunidad hebrea de Hizn Qazris. Estaba considerado como la cabeza visible y juez de la aljama. Era respetado por todos y su palabra se convertía en ley.

Pero su prestigio iba más allá de los límites de su comunidad. Para los musulmanes que ostentaban el poder de la ciudad, también era el personaje más importante y el portavoz de los hebreos. Sobre todo, para el Caíd del alcázar, Hasan al-Husayni, con el que le unía una gran amistad, muy por encima de las protocolarias relaciones que mantenían como jefes de ambas comunidades y no eran pocas las veces en las que los encuentros para tratar temas de la ciudad acababan convirtiéndose en charlas entre dos viejos amigos sobre temas tan diversos como la poesía, la filosofía o la astronomía. Muchas eran también las ocasiones en las que se enfrentaban ante un tablero de ajedrez, un juego muy de moda procedente de la lejana India.

Pero en esta ocasión había sido convocado con carácter de urgencia por el gobernante en el alcázar y una convocatoria suya no se posponía, y menos aun cuando era tan urgente y a una hora tan tardía. Por ello había tomado apresuradamente su manto más grueso, en el

que se envolvió, y se dispuso a seguir al criado que le había llevado la convocatoria, el cual llevaba un farol que apenas despejaba las pesadas tinieblas que ya envolvían a la ciudad.

Estaba preocupado. Desde hacía muchos años la relaciones entre las comunidades judía y musulmana discurrían por cauces de paz en la ciudad, entre otras cosas por la amistad de los dos mandatarios, ya que se encargaban de limar asperezas y apaciguar ánimos. Pero en los últimos meses, desde que la ciudad estaba sitiada, había habido algunos desencuentros entre ambas, sobre todo por el reparto de víveres debido a que comenzaban a escasear, lo que provocaba muchas tensiones.

Al llegar a las puertas de alcázar, los guardias les abrieron paso franco de inmediato y el criado, dejando el farol en el suelo de la entrada, le indicó que le siguiese. Para su sorpresa en lugar de dirigirse hacia las dependencias oficiales del edificio donde solían tener lugar las audiencias, le condujo hacia las dependencias privadas del Caíd, en las que no había estado nunca.

Atravesaron diversas estancias de lujosa decoración y profusamente iluminadas por lámparas y candelabros, hasta llegar a una reducida sala con una decoración aún más lujosa si cabe que las anteriores. En ella, tumbado sobre un rico diván, se encontraba el Caíd con expresión preocupada. A su lado había otro diván semejante, aunque de una altura un poco menor, en el que invitó por señas a reclinarsse a su amigo. Una vez acomodado éste, le ofreció un vaso de agua aromatizada con azahar de una jarra que había entre los dos divanes, invitación que el judío amablemente declinó. Estaba impaciente por conocer el motivo y la urgencia de la convocatoria. Pero aguardó silencio a la espera de que el Caíd comenzase la conversación.

Éste, en lugar de empezar a hablar, se inclinó para recoger un pequeño cofre que había sobre un taburete bajo junto a su diván. Yadiel ben Rabí ya había reparado en él, pero no le había concedido la menor importancia. Pensaba que sería para guardar documentos relacionados con la convocatoria.

El Caíd, en silencio, lo abrió y extrajo de él un objeto que le pasó a su amigo. Éste contuvo la respiración al tenerlo entre sus manos y contemplarlo. Se trataba de la más bella obra de arte que sus ojos habían contemplado jamás. Era una pieza de poco más de un palmo de tamaño de forma cilíndrica y realizada, a juzgar por su peso, en oro macizo. Se apoyaba en posición vertical sobre tres patas talladas en forma de tronco de árbol. En el centro había una pequeña puerta, cerrada con un pestillo, que Yadiel ben Rabí abrió siguiendo las mudas indicaciones del musulmán.

Dentro estaba lo que parecía ser un pedazo de madera, de un tamaño algo menor que un dedo, un poco ennegrecida y sujeto, por arriba y abajo, por dos bellos soportes de marfil finamente labrados con la forma de ramas de parra.

Todo el exterior estaba ricamente decorado con motivos vegetales entre los cuales estaban incrustadas toda clase de piedras preciosas, sobre todo diamantes, zafiros y rubíes.

Tras tenerlo un rato entre sus manos perplejo y mudo por lo que podía ser aquello, Hasan al-Husayni le indicó que se lo devolviese. Una vez de nuevo en sus manos lo depositó en el cofre el cual, según pudo observar fugazmente Yadiel ben Rabí, estaba tapizado con un cojín de seda con la forma del objeto, para que éste encajase perfectamente.

Tras cerrarlo, lo depositó de nuevo en el taburete y miró fijamente al judío.

Y entonces el Caíd comenzó su relato.

Le contó que se trataba de un fragmento del báculo que el Profeta Mujámmad utilizó cuando huyó de La Meca hacia Yazrib, que siguió usando durante toda su vida y con el que había realizado varios milagros. Tras su muerte se dividió en muchos pedazos, que fueron pasando de mano en mano por sus herederos. Éste era el único fragmento conocido que aún se conservaba. Permaneció en Damasco hasta que Ab al-Rahman lo trajo a Al Ándalus. Se decía que gracias a él pudo unificar las diversas facciones en las que ésta estaba dividida, consiguiendo instaurar el Emirato de Córdoba, fundando la dinastía de los Umawi.

Y tras muchos avatares de la historia la reliquia había terminado en su poder.

Pero ahora, una vez que la ciudad fuese conquistada por los leoneses, de lo que no le cabía la menor duda, cuando el relicario cayese en manos de los cristianos, sabía que sería destruido por el valor del oro y las piedras preciosas con los que estaba realizado.

Se decía que los cristianos solían respetar las juderías, por lo que le pidió a su amigo que custodiase la reliquia y que le hiciera la firme promesa de que él, o alguno de sus descendientes, en el caso de que él no pudiese, la llevaría de nuevo a la patria del Profeta.

Yadiel ben Rabí comprendió la importancia de lo que se solicitaba. Era consciente de que, aun tratándose de otra religión, no podía negarse

a algo de tanta importancia, por lo que le prometió firmemente a su amigo que cumpliría con lo que se le pedía. El Caíd sabía que lo haría porque había demostrado sobradamente que era un hombre de palabra.

Entonces tomó de nuevo el cofre, lo introdujo en una bolsa de seda y se lo entregó a su amigo sin mediar palabra.

Yadiel ben Rabí guardó la bolsa entre los pliegues de su manto y, tras una breve inclinación de cabeza a modo de despedida a su amigo, abandonó la estancia. Fuera le esperaba el criado que le había conducido hasta allí. Le siguió hasta la entrada, donde tomó el farol de nuevo y salieron a la calle.

La noche se había vuelto lluviosa, con fuertes ráfagas de viento que hacía oscilar la precaria luz del farol. Por ello avanzaron deprisa cuesta abajo hasta llegar a la casa de Yadiel ben Rabí. Allí se despidió su acompañante y tomó de nuevo el camino de regreso al alcázar.

Una vez en su casa, Yadiel ben Rabí pensó que no era seguro tener allí la reliquia, pues había habido veces en las que las tropas invasoras descontroladas habían asaltado también las aljamas. Tomó entonces la decisión de ocultarla en algún lugar que fuese difícil de encontrar para los invasores.

Pero, para el caso de que no pudiese recuperarla él mismo y tuviera que hacerlo alguno de sus descendientes, decidió escribir la historia que le había contado el Caíd y depositar lo escrito junto con el cofre. Y así lo hizo, escribiendo el relato en hebreo y en árabe, ya que eran su lengua y la de su amigo. Añadió al final la promesa hecha de retornar la reliquia a su origen, aunque se tardara siglos en ello.

Metió lo escrito en un recio estuche de madera y cuero en el que se guardaban los documentos más importantes. Cogió el estuche y la bolsa con el cofre y los introdujo en otra de gruesa tela fuertemente encerada y que, por medio de unas puntadas, cerró de forma que le pareció suficiente para preservarla de la humedad.

Por la mañana, tras un breve refrigerio, llamo a Hiram ben Rabí, su hijo mayor, y le indicó que le siguiese y que llevase con él un cántaro con agua y unos útiles de albañilería.

Cerca de su casa había una torre albarrana muy importante, porque protegía una cisterna que acumulaba el agua de las filtraciones del subsuelo de la ciudad, muy pura, vital para el abastecimiento del preciado líquido.

En una de las paredes de la coracha, cerca de la torre, se había producido un desprendimiento de la mampostería del grueso muro, lo que había dejado al descubierto un entrante en el que apenas cabía una persona y que Yadiel ben Rabí pensó que era un buen sitio para esconder el tesoro. Depositó la bolsa de tela encerada en una especie de repisa que había como a media altura. Por el suelo se encontraban muchas piedras caídas del desprendimiento. También había sacos con argamasa, que estaban allí a la espera de una reparación que el cerco de la ciudad había obligado a posponer. Tras preparar la mezcla con el agua que llevaban, su hijo empezó a cerrar el entrante.

Hiram ben Rabí había obedecido a su padre en todo, sin preguntar en momento alguno qué era lo que hacían o cuál era el contenido de la misteriosa bolsa.

Una vez terminada la tarea y volvieron a la casa, Yadiel den Rabí le contó a su hijo que habían ocultado un tesoro muy importante para

el islam y que debía hacer la promesa de que él, o alguno de sus descendientes, la devolverían a la Tierra Santa de los musulmanes, en el caso de que él mismo no pudiese hacerlo. Este secreto se lo confiaría a su hijo mayor, y éste al suyo y así se transmitiría de generación en generación, hasta que la promesa fuese cumplida.

A los pocos días las tropas cristianas entraron en Hizn Qazris. Se dijo que pudieron hacerlo mandando una avanzadilla a través de una poterna cuya existencia había sido revelada a los sitiadores por alguien desde dentro de la ciudad. Como había vaticinado el Caíd, lo hicieron a sangre y fuego. El líder musulmán pereció en la defensa del alcázar junto con los restos de sus mermadas tropas.

Pocos fueron los que se libraron de la matanza. Entre los afortunados que pudieron hacerlo se encontraban los miembros de la comunidad judía, aunque algunas casas, entre ellas la de Yadiel ben Rabí, fueron saqueadas. El judío se alegró de su sabia decisión de haber escondido la reliquia.

Poco a poco se fueron calmando las cosas en la ciudad bajo la dominación cristiana. Yadiel ben Rabí no tuvo nunca el valor suficiente para recuperar la reliquia y cumplir su promesa por lo que, a su muerte, el secreto comenzó a transmitirse de generación en generación. Pero poco a poco se convirtió en una especie de leyenda familiar que no parecía tener mucho de realidad. Contaba que en Hizn Qazris se había escondido un tesoro en la pared, cerca de la torre que protegía una cisterna. Pero se había perdido por completo la ubicación exacta, y en qué consistía el tesoro.

La familia ben Rabí fue expulsada de los reinos de Castilla y de León, junto con todas las comunidades judías en 1.492 por el decreto

emitido por los Reyes Católicos. Tras su paso por diversas naciones, acabó por establecerse en los Estados Unidos a principios del siglo XX. Cambiaron el apellido, suprimiendo en patronímico ben, por lo que pasó a ser la familia Rabí. Durante muchas generaciones la leyenda se fue transmitiendo ininterrumpidamente de primogénito a primogénito.

A mediados de 2.018, el descendiente por entonces de la familia Rabí, establecida en Boston, era Simón Rabí, un famoso arquitecto de reconocida valía internacional por, entre otras cosas, haber sido el ganador del prestigioso premio de arquitectura Pritzker. Su especialidad era la rehabilitación de edificios medievales, devolviéndoles el esplendor de antaño, pero adaptándolos a las necesidades modernas, por lo que su trabajo le llevaba por todos los rincones de Europa.

Había recibido de su padre el secreto de la familia el cual, deformado por el paso de muchas generaciones venía a decir algo parecido a: “Al pie de la torre que guarda en Hizn Qazris el depósito del agua, se encuentra el tesoro. Encuéntralo y cumple con la palabra dada”.

Simón Rabí sabía que era de una leyenda con pocos visos de realidad, hasta que cayó en sus manos un artículo publicado en una revista de arqueología, disciplina de la que por su trabajo tenía grandes conocimientos. Trataba de que, en Cáceres, una ciudad conocida en la Edad Media musulmana como Hizn Qazris y perteneciente a la región de Extremadura, al oeste de España y debido a las obras de ampliación de una calle, se habían derribado varias casas adosadas al talud bajo una torre albarrana de la muralla, conocida como el Baluarte de los Pozos y se había descubierto una cisterna que recogía el agua filtrada desde el subsuelo de la ciudad.

Simón Rabí, que tenía una mente privilegiada para hacer asociaciones y ver las cosas desde un punto de vista diferente al resto de los demás, rápidamente estableció la conexión entre este hallazgo y la leyenda familiar de lo ocurrido hacía casi ocho siglos en esa ciudad, llamada entonces Hizn Qazris.

Supo de inmediato que tenía que ir allí.

Contactó con el arquitecto municipal de Cáceres, al que conocía por haber coincidido en Madrid en unas jornadas sobre patrimonio arquitectónico medieval. Le contó la existencia de la leyenda familiar y las sospechas sobre la ubicación del posible tesoro y le pidió que contactase, a su vez, con los responsables de arqueología del Gobierno de España con el fin de conseguir los permisos y la ayuda necesarios para realizar la búsqueda. Después, planificó el viaje a Cáceres.

Aprovechó el tiempo que faltaba para partir para documentarse sobre la ciudad medieval de Cáceres en general y sobre el Baluarte de los Pozos en particular. Así supo que, en el siglo XVIII, la coracha había sido rellenada con tierra procedente de derribos de diversos edificios de la ciudad. Hasta la fecha se había retirado la mitad externa de su extensión, dejando al descubierto las paredes interiores de la misma y el portillo que comunicaba con la cisterna.

Después de los trámites burocráticos se implicaron los responsables del área de arqueología de la Junta de Extremadura, la cual envió a un arqueólogo que ya había participado en las anteriores excavaciones en el baluarte. Se facilitó también un geo radar, con el que se empezó a inspeccionar con detenimiento las paredes interiores descubiertas de la coracha. Después de dos días de minuciosa búsqueda, a la altura del

suelo de roca y a unos diez metros de la torre, el geo radar detectó una oquedad en la pared derecha, de menos de un metro de ancho, uno y medio de alto y algo más de medio metro de profundidad. Estaba cerrada con el mismo material de mampostería que el resto de la pared, Pero había unas sutiles diferencias en la colocación de las piedras que solamente el ojo de un experto podía apreciar. Y el arqueólogo lo era.

Con las debidas precauciones y con la ayuda de una cámara fibroscópica, introducida después de realizar un pequeño taladro en la pared, vieron que en el interior del hueco había una especie de repisa sobre la que descansaba un bulto que parecía una bolsa. Una vez revisado por completo el interior de la cavidad y comprobando que no había peligro de que se dañara algo, al día siguiente se derribó la pared. Se comprobó que en su interior había efectivamente una bolsa de tela basta recubierta de lo que, a primera vista, parecía cera. Con infinito cuidado se introdujo en un cajón de madera que se tenía preparado y se procedió a su traslado al Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Extremadura.

Una vez allí, y siguiendo los protocolos establecidos, se abrió la bolsa y se comprobó que contenía un estuche de madera y cuero, perfectamente conservado y una bolsa de fina tela, en cuyo interior había un cofre de madera con herrajes ricamente labrados. Tras abrirlo los presentes se quedaron sin respiración. Dentro estaba uno de los objetos más maravillosos que habían contemplado jamás. Un objeto que veía la luz por primera vez en casi ochocientos años.

En el interior del estuche encontraron un pergamino, escrito en hebreo y árabe, que se fotografió con infinito cuidado. Las fotografías

se enviaron al Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Extremadura, en donde fueron traducidas, revelando una historia increíble.

Simón Rabí, como invitado de honor, había asistido a todas las fases del descubrimiento. Quedó maravillado cuando pudo comprobar la reliquia, pero más aún cuando se tradujo el texto del pergamino y tuvo conocimiento de la promesa hecha por su lejano antepasado.

La noticia saltó de inmediato a los medios de comunicación no solamente nacionales sino también internacionales. Por descontado que causó un increíble revuelo, tanto en los ambientes científicos como entre la población en general. Un hallazgo de esas características era capaz de revolucionar muchas teorías históricas, sobre todo cuando iba acompañado de una leyenda tan singular.

Se reunió un comité, formado por arqueólogos, historiadores y políticos. Estos últimos con el fin de estudiar las repercusiones internacionales del hallazgo. Aunque éste se había producido en suelo español, no cabía la menor duda de que existía una obligación moral de devolver la reliquia a su tierra de origen, actualmente Arabia Saudí.

Intervinieron responsables de cultura, tanto de la Junta de Extremadura como del Gobierno Central de España y la Embajada de Arabia Saudí en España y se llegó al acuerdo de que la reliquia se llevaría a Arabia Saudí y que el pergamino se quedaría en España. Se harían dos reproducciones del relicario; una permanecería en España y la otra se entregaría a Simón Rabí en reconocimiento a su labor. También realizarían dos facsímiles del pergamino, una para llevar a Arabia y el otro para el arquitecto.

Se decidió que debería ser éste el encargado de llevar personalmente los objetos hasta La Meca, como había prometido su antepasado. Tanto las autoridades españolas como las saudíes estuvieron de acuerdo.

Así, el día 23 de abril del siguiente año, 2.019, coincidiendo con los 790 años del comienzo de la historia, Simón Rabí, el último de los descendientes de Yadiel ben Rabí, fue el primer no creyente autorizado a entrar en la ciudad de La Meca y en su Gran Mezquita para hacer entrega del cofre portador de la reliquia del Profeta a su Imán.

Simón Rabí en aquel momento estaba seguro de que, en el cielo, que es el mismo para todos los hombres y mujeres del orbe, sin importar la raza ni el credo que practiquen, Hasan al-Husayni y Yadiel ben Rabí, debían estar contemplando, juntos, cómo un descendiente de la estirpe ben Rabí había cumplido, al fin, la palabra dada en la lejana ciudad de Hizn Qazris.

PRIMER PREMIO ESCOLARES

Jorge y sus riquezas

Lucía Cárdenas Soldán

Jorge y sus riquezas

A Jorge siempre lo tacharon de loco cuando, en realidad, fue de los pocos que le encontró cierto sentido a la vida.

Vivía en las afueras de la ciudad de Cáceres. Preciosa ciudad situada al norte de la Comunidad de Extremadura, en un rincón del mundo rodeado de campo y zonas verdes que te permiten respirar a pleno pulmón, a la sombra de un gran pino en el Parque del Príncipe, con muchos árboles que dan sombra los días calurosos y te cobijan del agua en los lluviosos, sin agua corriente ni luz, sin televisión, tan sólo una vieja radio Grundig, con un alambre, en lugar de antena, y que sólo sintonizaba un canal de música clásica.

En el centro de aquel parque, había un gran estanque presidido por una fuente circular, que proporcionaba un poco de aire fresco y refrescante a los alrededores. Las estatuas esparcidas por el parque, pareciendo un auténtico museo al aire libre, le daban cierta compañía. No tenía familia alguna, pero nunca estaba solo, siempre lo acompañaban un grupo de cinco o seis perros que lo seguían allá adonde fuera.

Jorge, “el loco”, siempre había vivido en Cáceres, era una de esas personas humildes y sencillas que les sobraba todo. Tenía la costumbre de sembrar un árbol cada mes y, además, solía llevar un puñado de bellotas en el bolsillo para enterrarlas cuando tenía ocasión. Rondaba los ochenta años y, por tanto, bien había podido sembrar más de mil árboles.

El campo donde vivía parecía un jardín botánico y, además de las especies típicas del parque, se las había ingeniado para hacer prosperar especies de cada rincón del mundo. El poco dinero que conseguía ahorrar, porque su riqueza era distinta a la que todo el mundo anhela, lo gastaba en comprar árboles exóticos. Así, no era de extrañar que, entre los rodales de cantueso, retamas, acebuches, chopos, sauces y vegetación típica de Cáceres, aparecieran también, algunas palmeras, distintos tipos de hayas, castaños, cajigas o tejos.

Tal era su pasión, que muchos de los que lo conocíamos, cuando viajábamos a otros países, le enviábamos plantones de árboles para que los sembrara.

Era feliz, a su manera, como todo el mundo. A cada árbol le había puesto un nombre.

De ahí lo de “loco”, aunque cada cual tiene también su propia locura.

Nunca olvidaré la última conversación que mantuve con Jorge “el loco”, hacía ya algunos meses, cuando le traje un plantón de pinsapo de la sierra de Cádiz al que decidió ponerle el nombre “Chopin”, que era uno de sus compositores favoritos:

— *Ya no tiene sentido que lo siga haciendo, Jorge, no los verá crecer, y será imposible que pueda disfrutar de sus sombras...-me atreví a decirle.*

Él siguió con su tarea, como si no me hubiera escuchado. Cuando terminó de sembrar el pinsapo, me miró y, con voz calmada, me dijo:

— *Tiene usted razón, y yo no aprovecharé sus sombras, pero, tal vez, sus hijos...*

Y al escuchar aquellas palabras comprendí que él veía la vida de una forma diferente a como yo lo hacía y que, quizás, por eso era más feliz, a su manera, que cualquier otra persona. Y aprendí que el mundo funcionaría mejor con más “locos” como Jorge.

Entendí también que, por mínima que fuera la pensión que le habían conseguido, y por muy viejas que fueran sus ropas, Jorge era rico. Tan rico, que sería difícil volver a encontrarme a alguien que atesorara tanta riqueza; aunque, cuando murió, todas sus pertenencias cabían en una caja de tamaño medio, incluida una vieja radio Grundig que sólo sintonizaba un canal de música clásica, allá por el Parque del Príncipe en la bonita ciudad de Cáceres.

1ª MENCIÓN ESPECIAL

Lugares que se quedan en uno

María García-Montoto Sánchez

Lugares que se quedan en uno

Al oeste, cerca de donde comienzan las tierras lusas, se encuentra una región inmensa, y guarda maravillas que mucha gente ignora. Situada en pleno corazón de esta, se halla la ciudad de los mil y un escudos. Una urbe con veinte torres desmochadas de las que pocas personas conocen su historia.

Con sus casi cien mil habitantes, esta localidad guarda en su interior tesoros que no hallarás en ningún otro lugar. La Plaza Mayor y la Ciudad Monumental harán que regreses al pasado. Custodiadas por las casi intactas torres de Bujaco y la Yerba, la entrada comienza bajo el Arco de la Estrella. Una vez que lo atraviesas, el hoy se funde con el ayer. Está todo tan bien conservado, que casi puedes escuchar las voces de los caballeros medievales que algún día habitaron aquel lugar. Un destino congelado en el tiempo que no podrás negarte a visitar. El Jardín de Doña Cristina de Ulloa se quedará contigo. Sus calles te atraparán, sumiéndote en un torrente de historias que encontrarás en cada esquina y plaza. Y recuerda, jamás volverás a ver su muralla sin sentir la sombra del gran dragón que la protege.

Esta bella ciudad te cautivará para siempre, pues no solo sus antiguas piedras encandilan a cualquiera. Cuenta con algo mucho más fuerte, sus habitantes. Gente que te explicará con humor que su gracioso acento nada tiene que ver con el andaluz. Las eses desaparecen y los participios de ciertos verbos decidieron -hace tiempo- que ya nada les ataba a esta misteriosa localidad. Personas de las que escucharás ese tan fino “acho” con el que arrancarán más de una sonrisa.

No podrás evitar mirarlos con extrañeza cuando te digan lo bonitas que son tus *calzonas*. Volverás a reírte cuando te enseñen ese “*bichino tan chiquinino*” que tienen como mascota. Si tienes la ocasión de ir con ellos a las Ferias de San Fernando, seguro que te querrán llevar a los “*coches chocones*”, ¡que no hay autos de choque!

Afortunado el que posee una amistad aquí. Sabrás que te recibirán siempre con un gran cargamento de embutidos y quesos, que provocarán el deleite de tu paladar. Por esta misma razón a esta curiosa gente jamás podrás engañarlas con una paleta de lo mencionado anteriormente, pues es bien sabido por todos que los lugareños de esta zona son criados entre biberones y lonchas de excelente jamón.

Optimistas, alegres y empáticos, no ven el vaso ni medio lleno ni medio vacío. Lo que ven es “*una mijina de na*”. Además te harán sentir como en casa, y su alegría y cariño te quedarán grabados para siempre. Recuerda pasarte por el mercadillo los miércoles pues el despapajo y la frescura que allí se respira es difícil de encontrar. No olvides que las noches por estos lares pueden refrescar y que el *chambergo* está a la orden del día.

Presumirán del castúo, por supuesto, y seguro que José María Gabriel y Galán surgirá en algún momento. Además no podrás irte de allí sin visitar a la Virgen de la Montaña, patrona que da nombre a muchas de sus niñas.

Acuérdate de lo que te cuento. Te sorprenderá su manera de hablar y te encantará su manera de ser. Si son de los terruños verdaderos, son muy fáciles de querer, difíciles de encontrar e imposibles de olvidar.

Hubo alguien una vez que me mostró lo bonita que es esa pequeña ciudad y los encantos que en ella se guardan. Porque su acento hizo aflorar todas mis emociones con cada palabra o dicho que decía. Esta tierra me enamoró como lo hizo su gente.

Y recordad lo que os diré a continuación. Como dijo Marcel Proust una vez: “Hay lugares donde uno se queda, y lugares que se quedan en uno”.

Cáceres es uno de eso lugares que en uno quedan, para siempre.

Buscando inspiración

Hugo Acuña Perales

Buscando inspiración

“¿No os ha pasado alguna vez que, como inventores de historias, os habéis quedado sin inspiración para escribir algo?, pues yo os daré ideas con un relato que empieza así...”

Hace mucho tiempo hubo un joven escritor renacentista llamado Juan Pedro de Alvear. Había tenido mucho éxito en su última obra pero, por desgracia, no tenía ninguna idea nueva que le ayudase a escribir una nueva obra.

Una tarde se encontró con un viejo amigo, Álvaro de Sande. Este le preguntó cómo le iba con su nueva historia y Juan Pedro de Alvear le respondió: -No se me ha ocurrido nada de nada, no tengo inspiración y estoy por abandonar mi sueño de ser escritor-.

Su querido compañero, a quien le había pasado algo parecido tiempo atrás, le aconsejó que se fuera a conocer otros lugares y después volviera a Cáceres para escribir sus aventuras.

Y así lo hizo, Juan Pedro de Alvear preparó su equipaje y se fue en busca de inspiración con su libro de notas en su equipaje. Se despidió de sus amigos y familiares y partió de Cáceres rumbo a Salamanca, pero no sin antes parar en algunos pueblos que iba encontrando en su camino: Cañaverál, Torrejuncillo, Moraleja, Acebo...y así, tras casi un mes caminando en busca de la dichosa inspiración, es como nuestro joven protagonista acabó en algún lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme.

En un camino lleno de trigales se encontró a un gracioso caballero y a su escudero. Juan Pedro de Alvear se acercó para saber más sobre la curiosa pareja, pero nada más dar un paso hacia el delgado caballero, este empezó a cabalgar con su caballo con la intención de embestir a uno de los molinos.

Vista la situación decidió preguntar mejor al escudero, el cual le respondió - Ese “valiente” caballero de allí es Don Quijote, el pobre cree que los molinos son unos malvados gigantes y con todas sus disculpas voy a ayudar a mi señor, ¿me puedes ayudar a levantarlo? -

Cuando lograron recuperar a Don Quijote de entre las aspas del molino, Juan Pedro de Alvear les preguntó si podría escribir un relato sobre ellos y sus alocadas aventuras, a lo cual le respondieron: - Hace poco otro escritor que decía llamarse Cervantes les había pedido lo mismo y habían accedido-.

Nuestro protagonista entendió que, en ese caso, no merecía la pena escribir otro relato de ellos, infelizmente el tal Cervantes se le había adelantado, y no sería nada original copiarle la idea a otro.

Después de tantos días caminando sin rumbo fijo, a Juan Pedro de Alvear no le quedaba dinero y tuvo que volver a su Cáceres.

Llegando casi a la iglesia de Santiago, se encontró a un hombre con la cabeza vendada, con ropajes sucios y rotos que sujetaba con cuerdas a su cintura. -¡Parece que viene de la guerra!- pensó el protagonista.

No pudo evitar preguntarle por su aspecto, y así es como supo que se trataba de un caballero que iba de Granada a Coria, pero su

caballo se desbocó, llegando a los Llanos de Cáceres y tras varios días caminando desorientado acabó llegando a Puerta de Mérida, donde un monje franciscano que lo encontró, lo ingresó en el Hospital de los Caballeros. Después de conversar unos minutos el caballero siguió cuesta abajo su camino, ya que tenía que entregar una nota muy importante al obispo de Coria.

A la altura de la Torre de Bujaco, Juan Pedro de Alvear se encontró con su hermana Helga. Le contó todas las cosas que le habían sucedido durante los días que estuvo fuera y ella le convenció para que escribiera un libro por capítulos, incluso se ofreció a ilustrar cada aventura, aunque a Juan Pedro no le convencían demasiado los dibujos de su hermana, le parecían demasiado modernos y abstractos... así que era mejor que fuera su amigo Luis de Morales quien los hiciera.

Y así fue como nuestro protagonista escribió su nuevo relato y cómo encontró la inspiración en los lugares que fue visitando.

Gracias a que el Obispo García de Galarza, que acudió desde Coria a la presentación animado por un mal herido caballero, el libro de Juan Pedro tuvo un gran éxito y ganó tanto dinero, fama y poder que se compró la que llamaban “la casa grande”.

Juan Pedro de Alvear murió años después por culpa de la peste y fue su hermana Helga quien heredó la impresionante casa con la firme intención de montar un museo en ella.

